

El capital estadounidense y la dependencia

Estados Unidos sumió a Cuba en un modelo económico vicioso, que engendraba desempleo, pobreza, sin esperanzas de crecimiento por el latifundio y el monomercado

Por **GUILLERMO JIMÉNEZ SOLER***



La American Tobacco Company vendió varias de sus propiedades en 1932, pero retuvo la Tabacalera Cubana S.A., cuyas oficinas principales radicaban en este edificio de la calle Zulueta.

DESDE años antes del triunfo de la Revolución, el capital estadounidense venía retirándose de Cuba en casi todos los sectores de la economía. De las tres ramas hegemónicas, ya habían perdido la supremacía en la industria azucarera y en la banca y, solo en la tercera, en su privilegiado comercio exportador, salvaguardaban sus fueros.

Ese proceso de gradual disminución de sus inversiones se había iniciado después de haber alcanzado en 1929 el pináculo (U\$D 1 525 millones), entonces su mayor monto en América Latina. Nunca más recuperaría aquel galope tendido que acompañó desde 1898 al afebrado proceso inversionista. El capital norteamericano desertaba de Cuba en busca de un mayor rendimiento que encontraba en ramas no agroindustriales de otras latitudes, en especial, en el petróleo de Venezuela.

En cuanto a la industria azucarera —el sector cardinal de nuestra economía—, sus inversiones declinaron a

partir de 1928 cuando alcanzaron 800 millones, manteniéndose estacionaria hasta 1958. Desde 1926, último año en que se erigió un central en Cuba, el capital norteamericano se involucró en poquísimas aventuras cubanas.

Esto se debía a que la reducción de las exportaciones del azúcar cubano

a EE.UU. era definitiva en un mercado cuyo consumo *per cápita* permanecía estático con tendencia a la baja y que, además, continuaría asegurando su autarquía económica mediante el proteccionismo, el sistema de cuotas de importación, las subvenciones agrícolas y los precios sostenidos. Eso, sin contar con el desarrollo de los sucedáneos del azúcar que a finales de los 50 comenzaron a expandirse, que el precio del azúcar en los últimos 100 años había sido el de menor incremento entre los alimentos y que los márgenes de utilidad del crudo —producido en su mayoría en Cuba—, disminuían en beneficio del refino cuyo proceso se consumaba principalmente en Estados Unidos.

Las primeras propiedades norteamericanas vendidas (en 1932) fueron las mismas firmas tabacaleras por donde precisamente había despegado su puja inversionista. Desde entonces hasta 1958 las ventas irán acelerándose, extendiéndose, entre otras, a los centrales, a tres bancos no filiales, a una de las rutas de omnibus capitalinos, a la primera aerolínea, a la más antigua naviera y al mayor de los sistemas ferroviarios.

En 1952, por primera vez en nuestra historia, la banca cubana



Central Jatibonico (hoy Uruguay), que junto con otras propiedades de la Cubana Co., pasó a manos de empresarios nacionales en los años 50.



Oficinas del Banco Nuñez en la calle Mercaderes. En 1952, la banca cubana sobrepasó a las filiales de las transnacionales extranjeras establecidas en el país.

sobrepasó a las filiales de las poderosas transnacionales extranjeras establecidas en el país. Empero, la banca norteamericana persistiría en nuestro medio por las considerables ganancias derivadas del financiamiento de las importaciones y de la posesión de una parte sustancial del ahorro relativamente alto del capital cubano disponible en la banca comercial.

En 1958 el mercado norteamericano continuaba cuesta abajo como bola de nieve para el azúcar cubano, descendiendo su participación de un 52.8 por ciento en 1925 a un 38.8 por ciento. A finales de 1958 su vasto imperio azucarero norteamericano en Cuba se desmoronaba y las ventas y los anuncios de desaparición fluyeron con vertiginosidad.

Así, de sus 11 consorcios azucareros a comienzos de los 50, en 1958 tres habían pasado al control de capitales cubanos, otro estaba en similar proceso, un quinto poseía fuertes intereses nacionales, tres se estaban vendiendo y, finalmente, solo tres permanecían inalterables, aunque uno de ellos había manifestado intenciones de vender. Por tanto, la producción norteamericana se redujo del 55.9 por ciento en 1939 a la cuarta parte en 1958. En el intervalo, las dos ramas Rockefeller —los principales estrategas e inversionistas mundia-

les del petróleo y los mayores propietarios azucareros— se deshicieron total o parcialmente de ocho de sus 10 firmas azucareras.

No obstante, todavía en 1958 los principales grupos financieros de EE.UU., o sea, las antedichas dos ramas de la familia Rockefeller; los intereses Morgan, los Du Pont, el grupo de Boston, el de Chicago, el de Cleveland y la familia norteamericano-cubana Braga-Rionda controlaban la cuarta parte de la producción azucarera, alrededor de la tercera parte de los depósitos y el capital bancario y algo más de los préstamos, entre el 70 y el 80 por ciento de las importaciones, el 90 por ciento del servicio eléctrico, el monopolio del servicio telefónico, la mayoría de las refinerías de petróleo, la producción total de níquel, de neumáticos, de detergentes y la casi totalidad de la de jabones, cremas dentales, envases de vidrio y tenían fuertes empresas en el seguro, en la industria papelera, en la de pintura, en textileras, laboratorios farmacéuticos, algunas industrias de envases, de la construcción, contratistas, hoteles, gran variedad de industrias, comercios, ganadería, un sinnúmero de marcas de bienes de consumo y otras.

En ese escenario, algunas inversiones norteamericanas afloraron a mediados de los 50 catapultadas por la conjunción de las facilidades financieras otorgadas por la banca paraestatal cubana con un rebrote inversionista de EE.UU. entre la crisis cíclica de 1953-1954 y la de 1957, entre las cuales descollaban una nueva planta de níquel y la ampliación de la primera, una planta de generación eléctrica en Regla, altas inversiones en los servicios eléctricos y telefónicos,

una planta refinadora de petróleo y la ampliación de otra.

De todos sus intereses, lo único que resguardaban era el comercio, pues como colofón del Tratado de Reciprocidad de 1934, habían alcanzado el predominio de las importaciones cubanas que treparon desde 2/3 partes del total en 1930 a 3/4 a finales de los 50. Pese a ser un pequeño país, Cuba era su sexto comprador en el mundo. En América Latina era el tercero pero el principal en alimentos y, sobre todo, el país con las relaciones de intercambio menos favorable con EE.UU. No en balde 18 000 firmas que exportaban más de 600 millones perdurarían hasta la debacle final.

En su huida, el capital norteamericano nos legaba un modelo económico vicioso que engendraba un desempleo de alrededor de la mitad de la población laboral, donde la economía estaba condenada a no crecer debido a la propiedad latifundista de la tierra y a la reducción progresiva del azúcar cubano en su mercado, a lo que se sumaban los intereses coaligados de los hacendados con los exportadores norteamericanos para obstaculizar la expansión de otras producciones, amén del rapaz Tratado Comercial con Estados Unidos, que impedía el fomento de producciones sustitutas de las importaciones de sus mercancías.

El modelo económico y social cubano era atípico y, como se sostenía en el absurdo de su no crecimiento, estaba fatídicamente predeterminado a colapsar. ●

***Combatiente del Directorio Revolucionario y comandante del Ejército Rebelde. Especialista en temas de la economía.**

Autor no identificado



En 1958, el clan Rockefeller se había deshecho total o parcialmente de ocho de sus 10 firmas azucareras en Cuba, pues le resultaban ya poco rentables.